Las huellas de mi padre

Rogelio Shi (16 de enero 1911 – 5 de marzo 1991)

Nicolas F. Shi

Como érase de esperar el olor a musgo de los hongos secos y el dulce aroma de las especies chinas alborotaron las telarañas en las buhardillas de mis recuerdos, causando un alud de reminisencias y emociones. A menos de un año de la muerte súbita de mi padre he regresado a esta amplia casa colonial que un día, tiempo atrás, mi viejo convirtiera en restaurante. Una de esas antiguas estructuras que fueran las residencias preferidas de los afluentes en lo que eran las orillas de la ciudad; una dama entrada en años, pero siempre digna y distinguida, sobre la alameda principal que en el pasado llevara el calor y el bullicio fuera del centro de la ciudad y que ahora carga el tráfico hacia las nuevas exclusivas zonas residenciales.

Me encuentro en el umbral de la oficina de mi padre, una estrecha habitación entre el bar y la cocina del restaurante. No es más que una pequeña alacena con un escritorio, un par de sillas y estantes llenos de retoños de bambú y frutas chinas enlatadas, frascos de salsa soya y las

especies que causaron el alboroto que me regresara a mi juventud. Lo imagino sentado tras el escritorio con su cara recia y cabellera engomada a lo Rudolph Valentino, con una mirada intensa bajo unas cejas salvajes escudriñando las cuentas del mes mientras sus largos y finos dedos juegan con las cuencas de su ábaco ancestral. ¡Cuántas veces fui llamado aquí para ser amonestado por algo que hice, o que no hice y debiera haber hecho! ¡Cuántas veces sentí un aleteo en el estómago antes de entrar en este espacio porque había enfadado a mi padre, o porque había fallado a sus expectativas! Fue aquí, días después de mi graduación del bachillerato, más de veinte años atrás, que mi padre me llamó: «*Sam Nin*, ven, tenemos que hablar». Inmediátamente supe que era algo importante porque mi padre sólo usaba mi nombre en chino cuando algo le preocupaba. Fué en esta habitación que hablamos… de su pasado… y de mi futuro.

Mi padre nació en una aldea cerca de la ciudad de Cantón, China en los albores de la Revolución Industrial. Ninguno de sus hijos supo la fecha exacta porque él nunca la reveló. Al que indagaba su edad él solía responderle que era más viejo que Matusalén, dicho aprendido de tantos años de vivir en su tierra adoptiva. Rogelio no fué como lo nombraran sus padres al nacer sino el antropónimo con el que el oficial de gobierno lo asentó en el registro de extranjeros residentes en el país. Dicho empleado murmuró que esos bramidos guturales y soplos estomacales con los que decía llamarse el asiático no era nombre de cristianos, así que lo bautizó Rogelio por ser un deiceséis de septiembre, día en que se celebra la fiesta de dicho santo.

Chiu-gen, el nombre original de mi futuro padre, fué en su generación el único varón y por ende el depositario del apellido ancestral de su familia, situación que lo hizo el favorito y mimado de todos. Tratando de aprovechar esta posición privilegiada, un par de truhanes decidieron secuestrarlo cuando el cumplía doce años, aunque los malhechores no contaron con la astucia y picardía del joven con las cuales pudo escapar de sus captores. Temiendo que el rapto volviera a ocurrir, sus padres pensaron que para sobreguardar el apellido y lineaje de la familia habría que proteger al hijo único en el anonimato. Luego de largas y agitadas discusiones familiares su padre, un abuelo que nunca conocí, decidió enviar a su primogénito

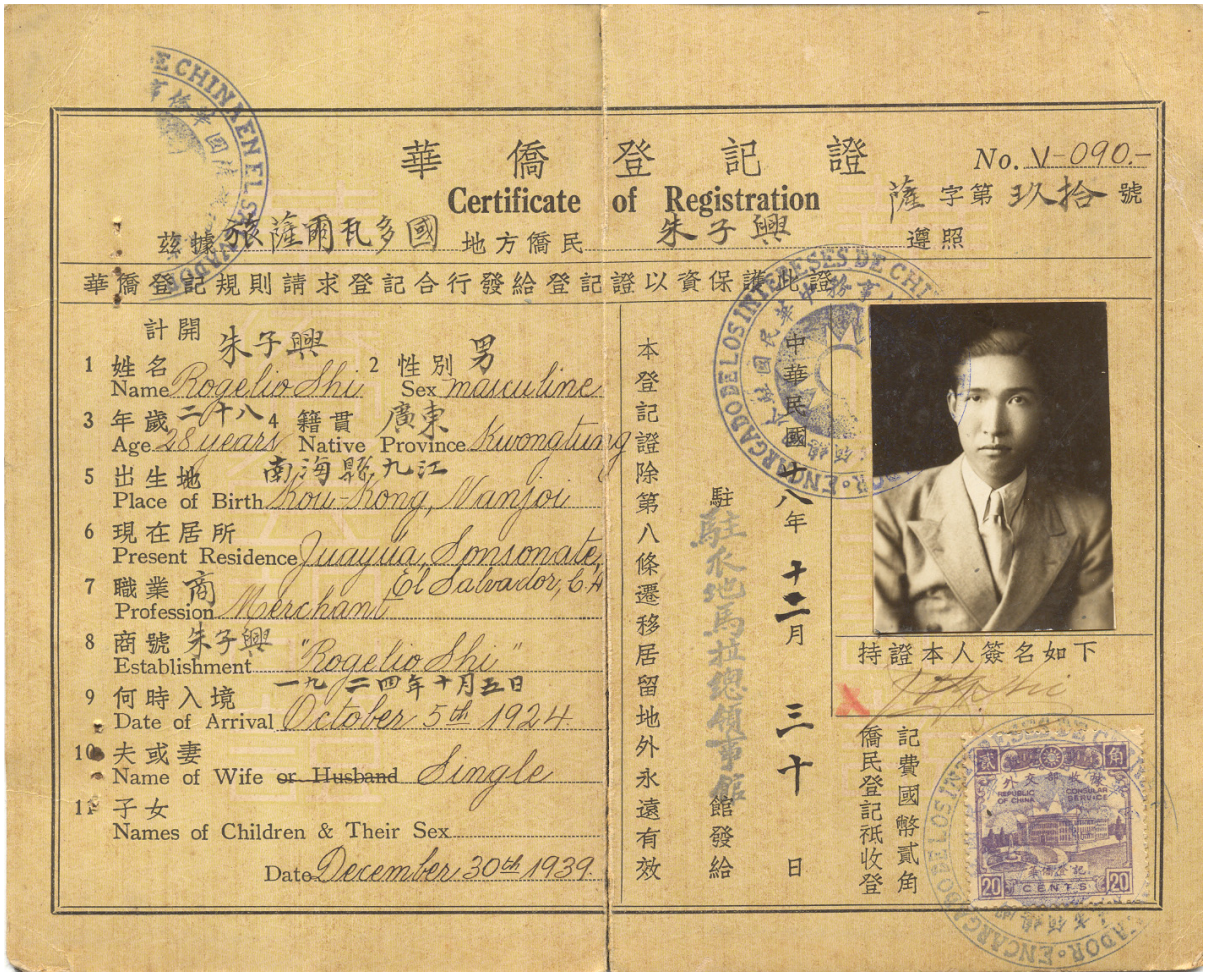
a las doradas tierras de América sabiendo que un primo, quien se había marchado en las postrimerías del siglo anterior en busca de fortuna, se haría cargo de él.

Fué así como a la edad de quince años Chiu-gen se embarcó en el puerto de Macao rumbo a tierras salvajes de costrumbres desconocidas en lo que él pensaba sería una ausencia temporal sin imaginarse que terminaría en ser una odisea permanente. Pero no fué a las afamadas montañas doradas de California que él iba, sino a un pequeño país de la América Central donde su tío se había refugiado huyendo de la inhospitabilidad y las leyes discriminatorias estadounidenses. Aunque la fiebre del oro ya se había calmado, todavía quedaba en el ambiente una calentura de aventura teñida de esperanzas de nuevas fuentes de oportunidad, no sólo en California sino en otros países de América como México, Cuba y Perú. Relatos fantásticos de hombres que se habían hecho ricos en América con sólo lavar la arena de los ríos aliviaron las incomodidades de su larga travesía.

Después de varias semanas en altamar echaron ancla en la Isla del Angel en la bahía de San Francisco, en donde el gobierno americano había establecido un centro de detención para inmigrantes y personas en espera de deportación, o en tránsito a otros países a lo largo de la costa del Pacífico. Para la mayoría esta soleada jaula de madera cuyo motivo principal era mantenerlos fuera de tierras americanas era más un infierno que el paraíso que su nombre alegaba. Aunque no existían abusos físicos, la tortura mental de los interrogatorios y la niebla púrpura de la incertidumbre hacían mella en el espíritu de la población del centro, llevando a varios a la desesperación y al suicidio. Siendo mi futuro padre un pasajero en tránsito no tuvo que sufrir los malabares mentales o los juegos en la cuerda floja de los interrogadores estadounidenses, pero sí el maltrato de los guardianes y la degradación de los detenidos.

Las paredes de la galera que servía de dormitorio, oscurecidas por los nubarrones de la desilusión, se encontraban cubiertas con una negra lluvia de trazos en tinta: expresiones plasmadas por cientos de chinos que habían pasado por este centro de discriminación. En sus largos días de espera, Chiu-gen leyó una y otra vez, estos poemas escritos con el sudor de la angustia y lágrimas de soledad, añadiendo gota a gota al manantial de sus recuerdos.

Finalmente mi futuro padre arribó a su destino final una soleada mañana de calor infernal que le recordó a su pueblo natal. Una bocanada de aire salado le dió la bienvenida al mismo tiempo que un papalote en forma de pez dorado flotaba en las olas nebulosas del cielo. Al final del cordel lo esperaba su tío, conocido en su aldea por sus coloridos barriletes, agitando un pañuelo de seda rojo desde la entrada del muelle. Muchos años después una serie de esos peces dorados, pintados a mano en multitud de colores sobre lienzos de seda cruda y estirados en una armazón de varillas de bambú, nadaban en el cielo falso de la entrada del restaurante que abriría en la capital como un símbolo de bienvenida a los comensales.


華僑登記證
Certificate of Registration
No. V-090.-
薩字第玖拾號
茲據薩爾瓦多國地方僑民朱子興遵照
華僑登記規則請求登記合行發給登記證以資保護此證
計開
1 姓名 Name Rogelio Shi
2 性別 Sex masculine
3 年歲 二十八 Age 28 years
4 籍貫 Native Province 廣東 Kwongtung
5 出生地 Place of Birth 南海縣九江 Nam-Hoi, Mangoi
6 現在居所 Present Residence Juayua, Sonsonate, El Salvador, C.A.
7 職業 Profession 商 Merchant
8 商號 Establishment 朱子興 "Rogelio Shi"
9 何時入境 Date of Arrival 一九二四年十月五日 October 5th 1924
10 夫或妻 Name of Wife ~~or Husband~~ Single
11 子女 Names of Children & Their Sex
Date December 30th 1939
本登記證除第八條遷移居留地外永遠有效
中華民國廿八年十二月三十日
駐薩爾瓦多馬拉總領事館發給
持證本人簽名如下
記費國幣貳角
僑民登記祇收登

Certificado de registro o cédula de identidad de mi padre expedida en 1939

El tío de mi padre vivía en Juayúa, una pequeña población en las faldas del Faro del Pacífico, sobrenombre dado al volcán de Izalco por su perenne corona de fuego que guiaba a todas las

embarcaciones a lo largo de la costa pacífica de la América Central. En un portón aledaño a la arcada de los comerciantes frente a la plaza principal quedaba la agencia del chino, como era conocida. Ahí se podía encontrar desde golosinas y refrescos embotellados hasta hilo de bordar.

Solo puedo imaginar cuán difíciles fueron esos primeros años: sin hablar el idioma, durmiendo en el suelo en la trastienda del negocio de su tío, y soportando el maltrato de la población local. Mas de alguna vez me comentó como la población local trataban a los chinos como ciudadanos de segunda clase, peor que perros. Los llamaban "chinos cochinos" o "chinos comerrata". «Pero lo peor no eran esos insultos de ignorantes, sino el sabor amargo del odio y disgusto en sus miradas» lo escuché decir alguna vez en trémula voz.

Mucho antes de este período de exclusión y antagonismo, un pequeño número de chinos fue invitado a ingresar al país como experimento laboral. Empresarios locales, en busca de mano de obra barata, los contrataron para trabajar en sus haciendas. Los contratos, de una paga irrisoria, duraban de cuatro a ocho años a cuyo término los asiáticos eran libres de quedarse o regresar a su tierra. Por esos tiempos llegó mi tío abuelo, con una sonrisa perenne en los labios y una chispa de picardía infantil en la mirada. A cambio de la esperanza de mejores días empeñó cuatro años de su vida firmando un contrato para trabajar en una finca de café, un grano que llegó a reemplazar el añil como producto principal de exportación del país. Con el mísero salario que recibía no le fué posible ahorrar suficiente dinero como para regresar a su tierra con la cabeza en alto al término de su contrato, así que a insistencia de otros chinos residentes decidió quedarse unos años más a probar fortuna, deseando regresar a casa ya sea hecho un hombre rico o embalsamado en una caja de pino.

Así fué como mi padre encontró una pequeña comunidad de compatriotas ya establecida en el país. La mayoría eran comerciantes con pequeñas tiendas ofreciendo, al igual que la tienda de su tío: dulces, luces de bengala, especies, tabletas y ungüentos para toda clase de malestares, pastillas perfumadas para el baño, jabón para lavar la ropa, adornos, artículos de tocador, regalos y cualquier otra novedad que trajera la moda.

Mientras el grano de oro mantenía su precio en el mercado mundial la economía del país florecía y el pueblo se mantenía en calma, habiendo suficiente trabajo y tortillas para todos. Pero el alud causado por la gran depresión que azotó a la unión estadounidense por la caida de su bolsa de valores rompió la fragil telaraña del mercado mundial. El café se volvió arena cuyo precio se escapaba por entre los dedos de los cafetaleros. Para el año del levantamiento indígena a principios de la tercera decena del siglo, los dueños de las fincas prefirieron dejar que los granos se pudrieran a pagar por cortadores para cosecharlos.

Sin trabajo, sin manera de abastecerse de necesidades básicas, y en un acto de desahogo y desesperación, los indígenas se sublevaron en el denominado primer levantamiento comunista de Latinoamérica en enero de 1932, marcando así el principio de una intermitente guerra civil que habría de durar más de medio siglo. El día que los indígenas se tomaron Juayúa, el volcán de Izalco lloró lava hirviente como presagio de lo que habría de suceder en los días venideros. Hacia el mediodía centenares de indígenas con machete en mano arrasaron la ciudad llevándose cuanto podían cargar, quemando los negocios de la arcada de los comerciantes y violando a las mujeres de los apoderados. Mi padre, antes de que la agencia fuera saqueada y consumida por el fuego de la revolución, desde su portón vió pasar al gerente del beneficio cafetalero, desnudo y arrastrado a empujones por un grupo de sus propios empleados, en camino a la plaza central donde fué escupido y apedreado por la turba hasta que lo dieron por muerto. A insistencia de sus vecinos, mi padre y su tío abandonaron la tienda momentos antes de que ésta fuera saqueada por los manifestantes, y se refugiaron en la casa del otro chino de la ciudad. No se enteraron del incendio hasta que regresaron días después y encontraron toda la cuadra en cenizas.

La guardia civil llegó al día siguiente del levantamiento a restablecer el orden. Con la prepotencia otorgada por el cargo no hubo indígena que se salvara de la masacre sin importar si el probre hombre había sido uno de los insurgentes. La vestimenta simple de algodón de manta fué la única prueba necesaria y la condena del indio. Al atardecer la frondosa ceiba del parque central arrullaba en sus brazos los cuerpos de centenares de indígenas, algunos ahorcados y muchos acribillados, como castigo de la subversión, mientras los alaridos y

gritos de dolor resonaban por todo el pueblo, y siguieron resonando en silencio en la memoria de mi padre por el resto de su vida.

La culpa del desamparo y desencanto popular se la echaron a los comunistas y a los extranjeros, especialmente a los chinos, acusados de haber llegado a quitarle el trabajo a los locales. Este fuego de odio y discriminación era alimentado por un gobierno con una política xenofóbica: personas de raza negra nunca fueron aceptadas en el país y ahora trataban de expulsar las pequeñas comunidades chinas y árabes establecidas desde antes del principio de siglo. La cúspide de la fobia étnica en contra de los chinos llegó a mediados de los años treinta durante el período del General Maximiliano Hernández Martínez, cuando nuevas leyes fueron sumadas a las ya estrictas y selectivas reglas migratorias. Estas prohibían la entrada con intención de residencia a individuos de origen chino, mongólico y malayo, a los individuos de raza negra y a los gitanos. También negaban el derecho de poseer o comprar bienes raíces o negocios a los orientales ya radicados en el país. «Muchos paisanos se fueron pero yo me quedé —susurró mi padre mientras aguantaba unas lágrimas, y continuó—: Había trabajado tanto por lo poco que tenía y no lo iba a abandonar. Además, ¿a donde podría ir?».

Eventualmente el ambiente turbio y el clima inhóspito quedaron en el olvido. Con mucho esfuerzo y tenaz trabajo la comunidad china volcó la mentalidad popular cambiando el odio y la ignorancia a respeto y admiración. Negociantes chinos fueron reconocidos como comerciantes honestos y buenos trabajadores y sus hijos fueron estudiantes ejemplares en las escuelas. «Las cosas han cambiado mucho —me solía decir mi padre, añadiendo—: Ahora nos respetan y es tu deber mantener ese respeto siendo honesto y viviendo una vida ejemplar; te lo debes a ti mismo y a tus futuros hijos».

Aunque mi padre salió de la China a temprana edad y con una educación primaria básica, él siempre trató de estar informado de los sucesos en su país natal. Para no olvidar su lengua se subscribía a periódicos y revistas en chino, los cuales, aunque le llegaban con semanas de retraso, los leía de revés a derecho. Además de leer las viejas noticias, las pocas horas que le quedaban libres entre el manejo del restaurante y la crianza de los hijos, las dedicaba a

practicar caligrafía. Muchas veces trató de explicarme la coreografía de cada trazo, la importancia de la danza del pincel y la fluidez de la tinta; todo para plasmar en papel el significado sublime de cada carácter y el alma del calígrafo.

Si la necesidad es la madre de la invención, la nostalgia es su madrina. Por el simple deseo de saborear bocadillos y delicias de su tierra, mi padre y sus paisanos chinos experimentaron con la prepararación de platillos típicos a base de productos locales. El puré de semilla de loto que mi abuela usaba para rellenar panecillos a vapor, mi padre lo duplicó con una pasta de frijoles colorados endulzados con azúcar de panela. En vez de melón de invierno usó el muy común güisquil y a falta de castañas de agua la jícama fué un buen sustituto. El tamarindo le dió el sabor ácido a la salsa agridulce y la hoja de huerta remplazó a la hoja de bambú en los tamales de arroz glutinoso. Así fué como comenzó su aventura culinaria llevándolo a abrir las puertas del primer restaurante chino del país, donde ofrecía delicias de su tierra natal como la sopa de aletas de tiburón, los enrollados primavera, el pato asado al estilo mandarín, el filete de lomito en salsa de ostras, y las ahora muy populares corbatas de harina con miel de abejas.

Papá siempre se sintió orgulloso de sus raices y de su cultura. Aficionado a la arquitectura, cuando la comunidad china decidió erigir un centro de reuniones, se encargó de su diseño y construcción y lo modeló al estilo de los palacios imperiales de Pekín, con dragones multicolores enrrollados en las columnas para guardar la entrada y ahuyentar los malos espíritus. En el jardín colocó estanques adornados con rocas volcánicas de lava enfriada en formas caprichosas, peces dorados y nenúfares como en los parques de la Ciudad Prohibida del Imperio Celeste.

Mi padre nunca perdió la esperanza de regresar a su patria y reunirse con su familia. Luego que el gobierno del Emperador títere, el último de la Dinastía Chin, cayera en las manos de los nacionalistas, y posteriormente de los comunistas en los años cuarenta, China cerró sus puertas al mundo exterior incluyendo a todos sus hijos en el extranjero. Además de hacer su sueño imposible, este hecho hizo que él cayera en la realización de que su estado de chino

expatriado era permanente. Por ese motivo arregló sus papeles de nacionalizado, se casó, compró casa en una nueva zona residencial de clase media y formó familia.

En 1976 el sueño de respirar el aliento de sándalo de su tierra natal se le cumplió. El gobierno de la República Comunista de China le otorgó un permiso para que él, su esposa y sus tres hijos pudieran entrar al país en calidad de turistas. El pase era válido para visitar Pekín, Shanghai, Suchow y Cantón, las únicas ciudades parcialmente abiertas al turismo extranjero, donde pasamos tres semanas admirando sitios históricos y lugares exóticos.

La familia en la Gran Muralla – Febrero de 1976

Al contrario de la emoción y alegría de mi padre, yo me se sintí decepcionado al arribar. Luego de un largo y tumultoso viaje cruzando medio mundo, la ciudad de Pekín me pareció tétrica y fría. El boulevard que nos conducía del aeropuerto al hotel estaba bordado de cajas de cemento y ladrillo alineadas como mausoleos en un cementerio, siendo éstos los nuevos multifamiliares que el gobierno proporcionaba a sus ciudadanos. La desilusión se transformó en asombro y admiración en los días siguientes cuando visitamos los suntuosos palacios de la

Ciudad Prohibida, caminamos por la serpentina Gran Muralla y meditamos en el Templo del Cielo, estructura construida en madera sin el uso de clavo alguno.

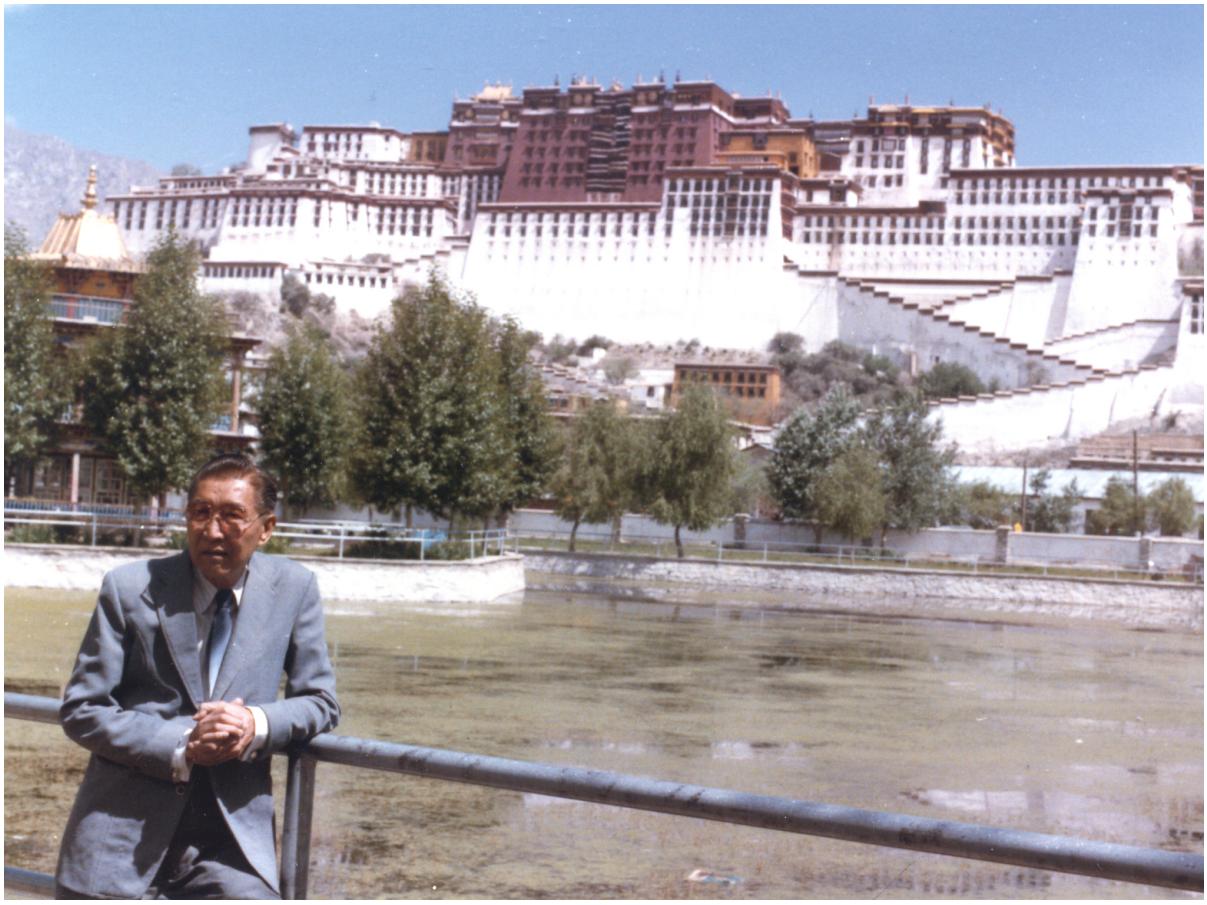
El ambiente lúgubre de la ciudad lo creaba el vestuario general de la población, un uniforme de chaqueta y pantalón en colores negro, azul oscuro o gris sobre una camisa blanca. Las mujeres, ostentando la igualdad a los hombres, se vestían del mismo modo y no mostraban ningún razgo de maquillage. Como es de imaginar nuestra familia causaba conmoción en cualquier lugar que visitábamos, especialmente mis dos hermanas que ostentaban lo último de moda en el mundo occidental, siendo sus pantalones de piernas acampanadas y de un color rojo encendido los más notorios. La reacción general era de asombro y estupefacción, como si estuvieran en presencia de fantasmas ancestrales o seres de otro mundo. En una breve visita al parque zoológico de Pekín la curiosidad de la muchedumbre fué tanta que fuimos la atracción principal en vez de los osos pandas, los cuales nos llevaban a conocer. En Cantón, después de más de cincuenta años de ausencia, mi padre se encontró con su hermana menor, quien trajo a presentar a su familia. Además de haber sido una reunión muy emotiva, ésta fue también un poco desconcertante. La hermana y su familia, todos obviamente estrenando ropa nueva, nos esperaban en el hotel cuando arribamos del aeropuerto. Nuestro guía turístico nos indicó que por cortesía del gobierno local se había arreglado para que nuestros familiares se hospedaran en el hotel durante nuestra estadía en Cantón, por lo que papá no pudo conocer en que situación vivía la familia de su hermana. A todas sus preguntas la única respuesta era: «Pregúntale a nuestra hermana en Hong Kong», la cual, una semana después, le confió que la hermana menor de Cantón había sido ordenada a no hablar sobre política o las condiciones en las que vivían. El gobierno chino había orquestrado la reunión.

Después de Cantón visitamos Hong Kong donde mi padre se reunió con el resto de sus familiares, y donde él encontró las respuestas que buscaba. La familia de su hermana de Cantón vivía en un apartamento de dos habitaciones compartiendo el baño y la cocina con otras dos familias. El hijo mayor, casado un par de años atrás, todavía estaba en espera de que el gobierno le asignara un apartamento y seguía viviendo en el apartamento de sus padres. La comida estaba racionada, especialmente carne de todo tipo, la cual consumían una

vez por semana. La lista continuaba y papá se entristecía. De regreso a casa trató de obtener un permiso para que su hermana y su familia emigraran a Hong Kong sin suerte alguna.

Diez años después mi padre y yo regresamos a China. Pasamos seis semanas viajando a lo largo y ancho del país asiático ahora abierto al turismo mundial. En Pekín visitamos de nuevo la Ciudad Prohibida, la Gran Muralla, las tumbas de los emperadores Ming y el Palacio de Verano. En Chengde admiramos todos los templos que un emperador ancestral había mandado a construir para honrar cada religión existente en su reino y así asegurarse de una felicidad eterna. En la región autónoma de Mongolia Interior anduvimos en camellos por la ruta de la seda y dormimos en tiendas de campañas como lo hicieran las hordas del gran Gengis Khan centurias atrás. Monjes budistas nos invitaron a compartir té con mantequilla de yak en el Tibet y en la claridad del cielo himalayo admiramos las alfombras de arena de colores frente al Palacio de Potala, el Vaticano del budismo tibetano, edificado a más de cinco mil metros sobre el nivel del mar. En Kunming nos perdimos en medio de un bosque de piedra y un crucero en el río Li nos llevó a través de las montañas de Guilin. En Tai San visitamos la antigua residencia de Confucio y presentamos nuestros respetos en su tumba con incienso de sándalo, mientras que en Xian los soldados de terracota, guardianes de la tumba del primer emperador de la dinastía Qin por más de veintidos siglos, nos esperaban en silencio.

En este segundo viaje a China tuvimos la oportunidad de visitar el pueblo natal de mi padre, donde éste me mostro el cementerio donde sus ancestros reposaban. Paramos a hacer una visita de respeto y luego caminamos por el pueblo sin rumbo determinado hasta encontrar la casa de su niñez, la cual le pertenecía ahora al gobierno. La casa estaba diseñada en el estilo tradicional chino con habitaciones alrededor de un patio central instaladas a ambos lados de la sala principal donde se honran los antepasados. Algún tiempo atrás retratos de mis ancestros han de haber adornado esas paredes. Paseamos por el vecindario preguntando si alguien sabía sobre la familia que vivió en esa casa antes de la revolución, pero nadie los recordaba. Un anciano nos comentó que el apellido le parecía conocido pero que no sabía si había alguien de esa familia que aun viviera.



Papa frente al Potala Palace, Tibet 1984

China había cambiado mucho en los diez años desde nuestra primera visita. Esta vez eramos libres de caminar por la ciudad sin necesidad de guía o chaperón. Anduvimos perdidos por las calles de Cantón hasta que encontramos el apartamento de mi tía, el cual era más pequeño de lo que lo imaginábamos. Ahora sí pudieron papá y su hermana hablar con libertad, y por un par de horas rieron y lloraron recordando anécdotas y travesuras de su niñez. Antes de despedirse mi tía me ofrecio un *ley-si*, un pequeño sobre rojo adornado con caracteres dorados conteniendo dinero, el cual es obsequiado en ocasiones especiales para desear felicidad y buena suerte. Yo sabía muy bien lo que ese sobre representaba ya que cada Año Nuevo los recibía de mis padres y tíos, pero esta vez no sabía si tomarlo. «Acéptalo o si no la puedes ofender» susurró mi padre en español para que no entendiera su hermana. Tomando el sobre con ambas manos se lo agradecí con un beso en la mejilla. Sorprendida por ese acto inusitado, ella sonrió a la vez que se cubría las mejillas con las manos mientras enrojecía, una imagen que ha quedado grabada en mi memoria.

«Bueno, basta de hablar sobre mí —dijo papá, y prosiguió—: ¿Has pensado que vas a estudiar en la Universidad?» La respuesta de que soñaba con dedicarme al arte y la pintura le cayó como un balde de agua fría, ya que él esperaba que su hijo persiguiera una carrera en matemáticas, ingeniería o algo en referencia a esas novedosas computadoras. Luego de discutir, y dar a entender que una carrera de bohemios y drogadictos no era una opción, ambos acordamos que estudiaría arquitectura, la cual combinaba la creatividad visual y la agilidad numérica.

Se decidió entonces que me matricularía en la Universidad Nacional y luego de graduarme, si era posible, me iría a los Estados Unidos a estudiar una maestría. Pero no todo salió como planeado. La discordia popular que empezara cincuenta años atrás alcanzó su punto de ebullición mientras yo empezaba mis estudios universitarios. La situación política en el país empeoraba minuto a minuto y una cruda guerra civil era inminente. Los secuestros por recompensa llevados a cabo por los rebeldes, y más de algún truhán aprovechado, se intensificaban. Luego de que la comunidad china tuviera que comprar la libertad de uno de los suyos y temiendo que algo siniestro me sucediera, fué en esta ocasión la decisión de mi padre la de proteger a su hijo en el extranjero.

Estoy de regreso en la bodega que mi padre llamaba su oficina. El aroma de los hongos secos y las especies chinas me regresan a mi niñez y juventud. El lento aleteo de un ventilador de aspas metálicas no hace más que alborotar el calor de la tarde. El lugar está lleno de memorias, pero ésta será la última vez que lo he de visitar ya que el restaurante ha sido vendido. He venido a recoger los objetos personales de mi padre, pero lo único que me llevo son una foto familiar que adornaba su escritorio, su ábaco de cuentas de madera rosa, y con éstos, una historia de sueños y esperanzas.